

EL CASCABEL

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO



Reparte á sus suscritores cada mes un cuaderno de una historia completa del año, titulada **COSAS DEL AÑO**, que forma un libro sumamente útil y curioso.

9 rs. tres meses; 16 seis, y 30 año en Madrid.

10 rs. trimestre; 18 seis, y 34 año en provincias.

DIRECCION
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION
Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

—D. Higinio, ya ve V. cómo la monarquía democrática se va haciendo una aristocracia para su uso particular.

—Sí, señor, ya lo veo, una aristocracia *pour rire*, como dicen los franceses.

—Es muy fuerte el influjo de la vanidad sobre la flaca naturaleza, y sólo así se comprende que haya caballeros particulares que, con la conciencia de que no han hecho nada para merecer esas distinciones, acepten los *rótulos* de Castilla que les larga la monarquía saboyana.

—Tan grande es ese influjo de la vanidad que ofusca el entendimiento de esas personas y les hace creer que es cosa seria la aristocracia que les pegan como con cola sus amigos los gobernantes, y no conocen que todo el mundo se tiene que reír de semejantes marquesados. Per ejemplo, á mi amigo D. Leoncio, que es alcalde de una población donde ha estado D. Amadeo, le han hecho marqués ahora de golpe y porrazo; él es muy buena persona, muy trabajador en su profesion, y hombre de bien, y todo el mundo le respeta y estima; pero ahora no puede uno verle sin reírse al considerar que el bueno de D. Leoncio es marqués; y ahí tiene V. á un hombre que no tenía nada de risible, puesto en ridículo á los ojos de todo el mundo; un hombre que ántes era sencillo, natural, afable, llano, franco, ahora es afectado, receloso, *escamon*, y está embarazado y cortado como un cómico malo ante un público inflexible.

—Es lo mismo que si á mí me vistieran de Sumo Pontífice. Estos demócratas no son tales demócratas ni menos pensarlos, porque todo su afán es igualarse todo lo que pueden á los que no tienen pizea de esa condicion democrática. Si fueran realmente demócratas, ni se llenarian de cruces y cintajos, ni se harian marqueses, ni tendrian tanto afán por coche, y por tener posesiones, y papel del Estado, y darse lustre, ó yo no entiendo lo que es democracia.

—Mire V., democracia es una palabra con que unos cuantos ambiciosos han embaucado á los tontos.

—Tiene V. razon; la democracia es una farsa.



—Diga V., D. Manuel, ¿ es verdad que se acaba el mundo el dia 12?...

—¡Hombre! yo creo que el mundo se acaba todos los dias para los que se mueren.

—Dicen que un planeta va á chocar ese dia con la tierra, y se va á hacer ésta añicos.

—Me alegraré, porque mal de muchos, consuelo de todos, y porque únicamente de ese modo nos podremos librar en España de lo que se nos viene encima.

—¿Y qué es ello?...

—Ya verá V.: se nos viene encima el resultado de la gloriosa revolucion de Setiembre, la consecuencia de cuatro años de anarquía, de predicaciones insensatas, de horribles blasfemias, de abusos, desfalcos, derroches y atentados de todo género...

—Hombre, pues todo está tranquilo.

—Sí, señor; pero no tenga V. duda, vienen acontecimientos gravísimos, y no es lo peor que vengan, sino que nos encontrarán descuidados, indiferentes... A esta situacion nos han traído los hombres funestos que hicieron la revolucion sin otra mira que su medro personal, y que en estos cuatro años han hecho á esta desventurada nacion juguete y víctima de sus ruines ambiciones, de sus desenfundadas pasiones, de su monstruosa soberbia. Una sola esperanza queda al país honrado, trabajador y productor: el príncipe Alfonso.

—En efecto; muchos de los que tomaron parte en la revolucion, vuelven los ojos á ese niño inocente de los males de la patria, persuadidos de que esto no puede durar.

—No puede durar; no, señor; no es posible que un país viva más tiempo á merced de una ínfima minoría capaz de destruirlo todo é incapaz de edificar nada estable, nada sólido, nada ventajoso para la grandeza y la prosperidad de la patria. Yo no sé cómo ni cuándo vendrá el

príncipe Alfonso; pero no hay duda de que vendrá; y no son sus partidarios los que facilitan su venida; son sus mismos enemigos, que, á fuerza de desaciertos, han logrado convencer á todo el mundo de que la situacion por ellos derrocada era muchísimo mejor que la que ellos han formado. El príncipe Alfonso puede tener la suerte de reunir en torno suyo á todos los hombres que no pertenecen á ningun partido político, porque á todos los conocen bien, y constituir un verdadero partido nacional, en el que cabrán todos los que deseen paz, y órden, y trabajo, y buena administracion, y no quieran destinos, ni les anime otra ambicion que el general bienestar.

—¡Ojalá no tengamos que presenciar grandes desastres todavía!

—Mucho debe confiarse en el buen sentido del pueblo español, que no se le ha de hacer la injuria de creerle capaz de los excesos de que ha dado ejemplo el de París. En España hay malvados, como en todas partes, y en todas las clases de la sociedad; pero, en general, alienta todavía en nuestro pueblo la proverbial nobleza del carácter español. Este pueblo, con un gobierno de hombres de buena voluntad, carácter enérgico, ejemplar modestia, y animados de un espíritu de estricta justicia, seria el más feliz de la tierra. En suma, España necesita que la política no sea un *modus vivendi* al alcance de cualquier pelafustan, y que se restablezca el imperio de la justicia para todos y para todo.

—¡Ay! ¿cuándo veremos eso?...

—No hay que desesperar. La Providencia ha protegido siempre á este pobre pueblo, que siempre ha confiado en ella, como confía ahora, á pesar de que la revolucion setembrina ha hecho todos los esfuerzos posibles para quitarle hasta el grandísimo consuelo de sus arraigadas y firmes creencias.

—Señá Jacinta, ¿conque ya ha venido V. de San Sebastian?

—Sí, hija, en el recreo de ayer.

—¿Y qué ha visto V. allí?...

—Hija, he visto á D. Amadeo en paños menores, que tuve que *golverse* de espaldas por el aquel de que una es una mujer que no está acostumbrada á esas cosas.

—¿Y su marido de V.?...

—Ese le vió mejor, porque iba *naando* junto á él.

—¿Sabe V. que no está bien eso de que un rey haga esas cosas? porque ya sabemos que es una *presona* como otra *cualquiera*, pero no debe ser así tan á la *pata la llana*.

—Hija, porque tú no estás *enterá* de lo que es un rey *emostático*, ó qué sé yo como ahora se dice.

—Lo que se ve ahora no se ha visto nunca.

—¿Sabe V. que el mundo se acaba el dia 12?...

—Lo creo y lo comprendo.

—¡Hombre!

—Sí, señor, porque ya no queda nada que ver en el mundo.

—¿No?

—No, señor.

Yo he visto á Córdova, progresista y radical; á Ruiz Zorrilla, al frente del gobierno de España; á España, con un rey extranjero; á una porcion de estudiantes desaplicados, convertidos en excelentísimos señores; á Rivero y Mártos, monárquicos y llenos de cruces y excelencias; á paisanos, ascendidos á coroneles; á la hacienda española, bajo el poder de Figuerola; en fin, he visto las consecuencias de la revolucion de Setiembre... Dígame V. si hay ya cosa alguna que ver en el mundo.

—Sí, señor, todavía queda que ver.

—¿Qué?

—El estrepitoso final de la gloriosa, y las evoluciones que han de hacer todavía los que se han acostumbrado en estos cuatro años á mandar y darse lustre.

—¿Qué hay de la causa del regicidio?

—Nada, hombre, nada; no se sabe ni una palabra.

—¿Ha visto V. el retrato del muerto?...

—Sí, señor, no le he conocido nunca.

—Lo mismo le sucede á todo el mundo; ese era un hombre á quien no conocia nadie, que no tenia ningun pariente ni habiente; en fin, un hombre enteramente anónimo. Los mismos preses que, segun todas las presunciones, iban con él, dicen, á lo que se dice, que no le conocian.

—Todo eso es muy raro.

—No, hombre, no; todo eso es propio del tiempo en que vivimos.

—¿Quien seria ese hombre?...

—Vaya V. á saber. Por lo visto, sólo él podria decirlo.

—Propongo un medio de saberlo.

—¿Cuál?

—Aquí del espiritismo. La sociedad espiritista podia llamar al espíritu del criminal, y se sabria todo; yo creo que el espíritu del muerto no tendria inconveniente en acudir al llamamiento; sobre que ya no le habian de meter en la cárcel.

—En efecto; esta si que es buena ocasion de acreditar que el espiritismo no es una gran farsa.

—Y al cura de Alcabon, ¿cuándo se le indulta?

—No sé; el pobre sigue en la cárcel.

—Pues si el hombre venia á acogerse á indulto, ¿por qué no se le da libertad?... Todos los dias vienen en la *Gaceta* indultos de criminales vulgares que son ménos dignos de consideracion que ese señor cura, á quien disculpa su misma ciega fe en la causa que defiende. El gobierno debe tener en cuenta que es un anciano y que pertenece á una clase muy maltratada por la revolucion. Yo creo que nadie podrá censurar que se trate con indulgencia al bueno de D. Lucio, y estoy seguro de que ya no volverá á sublevarse, convencido de que no está bien que un sacerdote ande en esos malos pasos.

—Creo lo mismo, y deseo que no le suceda ningun daño.

—En estos tiempos es conveniente que se use de indulgencia, porque en verdad que todos la necesitamos, y especialmente los que mandan, puesto que ellos no han hecho más que sublevarse cien veces, y por sublevarse han llegado á verse en el poder.

MI AMIGO

Era un sér noble, inteligente, generoso, modesto, humilde, sufrido, sobrio, afable, incorruptible, consecuente, casto, leal, sincero, prudente, valeroso.

Y no hacia alarde de estas estimabilísimas prendas, reunidas todas en él.

Gustaba de la libertad, pero no abusaba de ella; no la utilizaba jamás para hacer el mal.

Era mi amigo, mi amigo íntimo.

Mientras yo velaba, él velaba; sus ojos no se cerraban hasta que veía cerrados los míos, y cuando yo los abría por la mañana, su mirada cariñosa estaba fija en mí, y en ella resplandecía la alegría.

Cuando me veía triste, él también lo estaba, y no se atrevía á distraerme y ménos á importunarme; pero mirábale yo con cariño, y al momento brillaba en aquellos expresivos ojos la más grande satisfacción.

Cuando venían á verme amigos verdaderos, él los recibía alegre y satisfecho, como que le agradaba la visita; pero venían otros, y manifestaba su disgusto, aunque yo le reprendía, como si conociera mejor que yo á los que me querían bien y á los que no me querían.

Ibamos por la calle él y yo, y aunque pasaran á su lado hembras hermosas, no se separaba un punto de mí. Había

renunciado á todas, entre las que tenía mucho partido, porque sabía que á mí no me gustan devaneos.

Pasaban á su lado grandes personajes, ministros, senadores, gobernadores, reyes... y él los miraba con el mayor desden, y si le hubieran llevado á Palacio, y D. Amadeo le hubiese ofrecido su afecto y protección, él habría huido apresurado para volver al lado mio.

No tenía partido político; me oía leer los periódicos carlistas, y le daba sueño; me oía leer los periódicos republicanos, y parecía como que se reía; pasaba una manifestación por la calle, y la miraba indiferente desde el balcón, y de cuando en cuando fijaba en mí sus ojos, como diciéndome:

—Diga V., ¿y á qué viene eso?

Tenía sentimiento artístico; oía tocar bien el piano y escuchaba embebecido; oía una murga y gritaba impacientemente, manifestando su disgusto.

Comía lo preciso para vivir, si yo se lo daba; si no le hubiera dado de comer se habría muerto de hambre, besando mis manos.

Cuando yo salía de Madrid, él iba triste, cabizbajo, pero siempre resignado, á despedirme, y cuando iba á recibirme, á mi regreso, se volvía loco de alegría.

Los últimos días de su vida sufría mucho, pero se aliviaba á mi lado, y para no apesadumbrarme, ni se quejaba, no hacia más que mirarme, como si sólo de mí esperase remedio.

Toda su vida me la había consagrado; si él hubiera podido conocer que se moría, únicamente habría sentido morir porque ya no podría verme más.

En tantos años á mi lado, no he podido descubrir en él una sola mala cualidad. Era perfecto, completamente perfecto.

Pero la tristeza enlanguidecía el alma de la jóven.

—Nada temais, dijo Francisco: dentro de muy poco tiempo... dentro de algunos minutos...

—¡Qué!...

—Sereis mi esposa.

—¡Cómo!

—Sí; os lo repite, he pensado que no podeis estar aquí sin ocupar vuestro lugar, un lugar digno; mi capellan es un excelente sujeto... ¿á qué esperar?... ello es preciso...

—Sí, sí; despues del paso que hemos dado, es preciso de todo punto legitimarlo de la manera que se pueda.

—Mi comandante, dijo respetuosamente en la puerta de la cámara el contra maestre á quien Francisco había dado la llave del baul.

—¿Qué queréis? exclamó de mal humor Francisco.

—Perdonad, mi comandante, se apresuró á decir el contra maestre: yo no quisiera incomodaros.

—¡Vive Dios! exclamó Francisco Estévan avanzándose pálido á la puerta.

El contra maestre se hizo atrás asustado.

—¿Quién os ha dicho á vos que me incomodais? ¿Quién os mete á vos á calificar mis intenciones y lo que yo pienso?

18

EL GUAPO FRANCISCO ESTEVAN

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(Continuación)

Los dos amantes entraron en la lancha, y en ella fué puesto el baul.

Inmediatamente, y con los seis remeros por banda, la chalupa avanzó hacia el *Vengador*.

Cuando entraron á bordo, sintió Francisco Estévan como que se le dilataba el alma, y dijo á un contra maestre dándole la llave del baul que estaba sobre cubierta.

—Haced que bajen eso al entrepuente, abridlo y cerrad en la sentina lo que encontreis dentro.

Cuando dijo esto Francisco Estévan, ya había dejado en la cámara á Claudia.

Volvió á entrar en la cámara el jóven.

XIV

—¡Oh, qué feliz soy! exclamó.

—Si vos sois feliz, dijo Claudia, yo lo soy también.

¿Cómo no he de sentir la muerte de tan excelente amigo, de tan leal compañero?...

Era un perro; pero tenía mejores prendas que algunos hombres.

Sería yo un ingrato si no me acordase de mi pobre perro, de mi inseparable perro.

Ha muerto como un perro decente, en su cama, de enfermedad, y no á manos de los dependientes del municipio.

Sobre mi mesa está, para mientras yo viva, el collar de mi pobre perro, como recuerdo de la fidelidad, del afecto, de la humildad y de la gratitud del mejor de los perros.

Puede que alguien se ría de esto.

Me tiene sin cuidado.

EL DIARIO DE UN SUICIDA

(CONFIDENCIAS DE LA VIDA ADMINISTRATIVA)

(Continuación)

2 Marzo de 1856.—El concepto que disfruto de consecuente liberal y que me valió el ascenso á seis mil reales, amenaza serme funesto. Ayer me llamó aparte mi jefe don Robustiano Rabioles, que no ha logrado como pretendía pasar á ultramar, y ha tenido conmigo la conversacion que voy á transcribir.

—Leandro, he llamado á V. aparte, porque hay asuntos que deben tratarse con cierta diplomacia. Los elementos reaccionarios que tratan de anular el glorioso pronunciamiento de Dulce, fundan sus mayores esperanzas en el escaso número de milicianos nacionales que forman hoy en los batallones. Es preciso por lo tanto, que el partido progresista legítimo, padre del programa de Manzanares, dé

El contramaestre no contestó, temeroso de irritar más á Francisco Estévan.

Permaneció de pié, inmóvil, sombrero en mano y pálido de miedo, á pesar de que tenía la pinta de un león.

—¿Qué queréis, pues? repitió creyendo en impaciencia Francisco Estévan.

—¿Se pone en la sentina lo que hemos encontrado en el baul tal como está? respondió respetuosamente el contramaestre.

—¡No, pardiez! desatadle y quitadle la mordaza.

—Muy bien, mi comandante.

—Idos.

Y Francisco Estévan volvió á entrar en la cámara.

Como esta no era muy extensa, Claudia oyó aquel diálogo.

—¿A quién hay que desatar y quitar la mordaza? dijo.

—A Pardales.

—¡Ah! ¿Venía Pardales en el baul?

—Sí, alma mía.

—Habeis hecho bien, pero que no le maltraten.

—No, no por cierto: ese hombre me sirve.

—A lo ménos desorientará á mi tío el que haya desaparecido al desaparecer yo: pero ¿no hablará vuestra tripulación?

muestras de su virilidad aumentando el número de ciudadanos armados.

—¿Y qué puedo yo hacer?

—Usted, por sus antecedentes liberales no puede disculparse más tiempo de prestar el servicio que le exigen la patria y la libertad.

—Pero, ¿no sabe V., D. Robustiano, que yo soy moro de paz, poco hecho á los ejercicios belicosos, y que no podría acaso cargar con un fusil?

—Esas son disculpas que rechaza la sana razón. V. es jóven hasta cierto punto, y tiene todas las condiciones que se exigen para ser ligero.

—No creo que se quejará V. de mi pesadez para el despacho...

—No es eso, Leandro; me refiero á los milicianos ligeros.

—Ya, y V. quiere que acredite mi ligereza corriendo en cuanto se arme algun motin

—Yo no quiero nada: me limito á transmitir un desecho del ministerio.

—Y el ministerio desea...

—El ministerio deja en libertad á sus empleados de ser milicianos ó no serlo; pero se reserva tambien la libertad de confirmarles en sus destinos ó dejarles cesantes.

—Pero, ¿eso es hacer forzosa la Milicia!

—Nadie le pone á V. un puñal al pecho; pero yo sentiría que el oro de la reaccion hubiera hecho flaquear sus opiniones liberales.

—¿Qué dice V.?

—Nada de misterios: el gobierno tiene la seguridad de que la mano oculta de la reaccion trabaja con los empleados para que se nieguen á ingresar en la Milicia.

—¿Qué horror!

—Desgraciado del que hable.

—Tratais muy duramente á esos pobres, Francisco.

—Claudia mía, si no se les tratara así, nos comerian vivos: pero voy á hablar con mi buen padre Rebolledo; esto es, con mi capellan: entre tanto os vais á quedar encerrada: vestíos, os lo suplico, vuestro traje propio.

—¡Oh, sí! Dios quiera que el capellan no se niegue.

—Tengo confianza en que cuando conozca la situacion no se negará.

—Pues id, id... es necesario salir cuanto ántes de esta posición falsa.

Francisco Estévan salió cerrando la puerta de la cámara y llevándose la llave, bajó al entrepuente y entró en el camarote del capellan.

Este dormía aún.

Le movió suavemente Francisco Estévan.

El capellan despertó y se incorporó vivamente.

CAPÍTULO X

En que se ve que Francisco Estévan se atrevía de igual manera á los cánones y á las ordenanzas de marina.

I

—¿Qué me queréis, buen mozo? dijo el capellan, que parecia muy campechano y de genio alegre. ¿Cómo tan

—Esa exclamacion me demuestra que no es V. de los vendidos y que desde mañana empuñará las armas.

—Pero, y si yo no las sé manejar.

—A fuerza de ejercicio aprenderá V. Ahora parece que todas las tardes se van á reunir los batallones, y si esto no fuera bastante, se pasaria la noche en vela hasta eclipsar á los cuerpos de cazadores del ejército. Conque quedamos...

—En que seré el héroe por fuerza; puede V. inscribirme en el batallon que guste.

—¿Le agrada á V. el tercero de ligeros?

—Vaya por el tercero de ligeros.

—Mañana será V. voluntario...

—Mire V., lo que es voluntario...

—¿Volvemos á las andadas?

—No, señor: seré miliciano voluntario; haré guardias; vestiré el uniforme y cargaré con el fusil.

—Y la patria se lo recompensará.

Tal fué nuestra conversacion, y esta misma mañana me ha sorprendido un mozo de la Milicia, llevándome la filiacion y el fusil.

Despues que se ha marchado el mozo me he puesto á examinar el arma mortífera; la he tomado en peso, y seguramente que no baja éste de trece ó catorce arrobas. Al ir á dejar el fusil en un rincon, he reparado con verdadero espanto que el gatillo estaba levantado; he intentado bajarlo, para que los muchachos no hicieran alguna diablura, y una espantosa detonacion me ha hecho caer al suelo sin sentido. Al recobrar el conocimiento he visto mi habitacion llena de gente, incluso el alcalde de barrio; en la calle tocan generala; los comercios se han cerrado, y el ruido de los coches que corren en todas direcciones me ha denunciado un nuevo peligro. Y lo más grave del caso, segun me ha dicho el alcalde, es que yo he sido el causante del pánico que rei-

de mañana de pié? ¿Dónde habeis estado esta noche, mal sujeto?

—De aventuras, respondió Francisco.

—Guardad, guardad las aventuras, señor mio, dijo dando un ligero tinte de severidad á sus palabras el sacerdote.

—Padre Rebolledo, dijo Francisco Estévan; necesito hablaros como en confesion.

—¡Ah! esto es serio, dijo el capellan mirando cuidadoso al jóven; estoy dispuesto á escucharos; pero no he de escucharos tendido y en la cama cuando se trata de una cosa tan seria, tan sagrada como una confesion.

—No, es más bien una conferencia.

—¿Hay sangre de por medio?

—No.

—¡Ah! entónces, pues, os dirigis al amigo, no al sacerdote.

—Al uno y al otro; pero más que al sacerdote al amigo.

—¡Ah! respiro y no dejo la cama; voy á pedir mi chocolate; he despertado con apetito... vos lo tomareis conmigo ¿eh?

—No, yo lo tomaré con otra persona, y tarde.

—Bien, lo tomaré yo solo.

na en la poblacion. Querian llevarme á la prevencion; pero he logrado persuadirle de que soy inocente, para lo cual le he referido con toda sinceridad las circunstancias que habian originado el disparo de mi fusil.

Por fortuna no he dado muerte á Elisa: la única víctima de mi torpeza ha sido un espejo que me habia dejado á guardar un amigo, y cuyo importe tendré que abonarle.

Mi carrera militar empieza bajo malos auspicios: mi única esperanza es que nos desarmen, como han dado en decir los periódicos.

4 de Abril de 1856. —Acabo de pagar al sastre; el uniforme está que ni pintado, y me hace parecer un capitán general. Lo malo es que para pagar el uniforme he tenido que empeñar toda la ropa blanca que habia en casa.

Esta noche haré centinela en la Punta del Diamante.

El fusil me va pesando ménos.

18 de Julio de 1856. —¡Ya no me pesa nada el fusil! ¡He combatido tres dias como un leon! ¡He llenado de cadáveres la calle de los Caños! ¡Aquello no era una calle sino un infierno! ¡Siete veces he tomado á la bayoneta una casa!

Digo esto, porque la gloria de los combates no es personal, sino colectiva: en cuanto á mí, me mandaron hacer fuego contra el Teatro Real desde un cuarto tercero; pero yo creí más prudente meterme debajo de una cama, donde he pasado cuarenta y ocho horas con un temblor nervioso, que me dura todavía. Los inquilinos de la habitacion me han dicho que todo ha terminado ya: me han ayudado á quemar el uniforme en una chimenea francesa; han tirado el fusil al pozo y me han regalado una levita vieja y un sombrero hongo.

Los cristales de sus balcones tienen cincuenta y dos balazos; ¡cincuenta y dos balazos que hubiera aprovechado

Y el capellan llamó á un muchacho de cámara y le mandó abrir su baul, que sacara su chocolate particular y que se lo trajera hecho.

II

—Os escucho, mi bravo amigo, dijo tomando de debajo de su almohada su bolsa de tabaco y poniéndose á hacer un cigarro.

—Tomad, padre Rebolledo, dijo sacando de un bolsillo interior de su casaca una gran tabaquera Francisco Estévan, y dando un magnífico habano al capellan.

—Muchas gracias, dijo éste, vos quereis seducirme... esquisito... veamos si yo me dejo seducir.

Francisco Estévan miró de una manera particular al capellan, y le dijo:

—Tengo en el barco una señora.

—¡Cómo! exclamó el capellan suspendiendo la tarea de hacer fuego por el sistema antiguo de la mecha, el pedernal y el eslabon.

—Sí, anoche recibí esta carta.

Y sacó la de Claudia y la mostró al padre Rebolledo.

—¡Ah! ¡ah! ¡doña Claudia, la sobrina del marqués de Castro-Ponce! ¡la que salvásteis del tunecino Benabarre!

yo, de cumplir con mi deber! Yo no hice nunca profesion de valiente, ni quité la vida á una mosca: limpias estaban mis manos al empuñar el fusil, y limpias las conservo.

20 de Julio de 1856.—Al entrar hoy en la oficina, mi jefe Rabilos me ha apretado silenciosamente la mano, interrogándome con la vista.

—¡He hecho cuanto he podido! fué mi única respuesta.

—Lo sé: el batallon se ha batido heróicamente.

—¡Ah!

—La compañía de V. especialmente...

—Mi compañía ha mostrado verdadera temeridad.

Dicho esto, me iba á sentar en mi sillón; pero Rabilos me apartó dulcemente de aquel sitio, diciéndome con fingida ternura:

—Leandro, ese sillón no es ya de V.

—Lo sé: pertenece al ministerio.

—No es eso; quiero decir que la gloria conquistada por usted en la lucha le ha hecho perder el destino. Hé aquí la orden de cese.

Tomé maquinalmente aquel papelucho en la mano, y pude convencerme de la verdad de mi desgracia.

—Yo, añadió Rabilos, aconsejé á V. cuando aún era tiempo que no se alistase en la Milicia; pero la exageracion de sus ideas liberales, prosiguió alzando la voz, le hizo desoír mis consejos; triste es que tenga V. que darme tan tarde la razon.

Una mirada de tigre que dirigí á aquel hombre no le hizo bajar la vista. ¡Aquello era ya el colmo de la irrisión y de la desvergüenza!

Y, sin embargo, aquel hombre no podia calificarse de malvado: la explicacion de su conducta era sencillísima, si no justificada. Seca su alma por las mil y mil exigencias de la vida administrativa, no trataba de perderme, sino de

(Hay que advertir que el padre Rebolledo habia sido capellan del bergantin de guerra *San Juan Bautista*.)

—¡Sí, amigo mio, sí!

—Hermosísima criatura, y al parecer muy buena, dijo el capellan: pero este atrevido paso que vuestro amor ha dado es imperdonable.

—Escuchad, y cuando hayais oído, vereis que Claudia es digna de consideracion y respeto.

—Oigo, y con gran atencion, dijo el capellan encendiendo su cigarro.

III

Francisco Estévan se lo refirió todo, incluso las terribles revelaciones de Pardales.

—Esto es grave, gravísimo, dijo el capellan: uno de esos casos imprevistos que producen una situacion muy seria y muy comprometida.

—Ya veis, padre, que es necesario que nos casemos, y cuanto ántes.

—Bien lo veo: esa señora no puede permanecer en el buque ni un momento más sin que se legitime su permanencia en él de alguna manera: sí, sí, su casamiento inmediato es de todo punto necesario: pero ¿sabeis á lo que nos exponemos infringiendo los sabios Cánones sobre el matrimonio, del Santo Concilio de Trento? Vos á un

salvarse él. Su reprension por mis ideas, que no son mis ideas, era un título que podria exponer para lograr un ascenso.

Sali de aquella habitacion, cuya atmósfera egoista me asfixiaba, y entré á despedirme del jefe superior de la dependencia.

—Amigo mio, me dijo éste, lamento su desgracia, pero ha sido irremediable. Las notas secretas del libro de nombramientos le han perdido á V.

—¿Y podré saber qué notas son esas?

—Primera, la de haber sido nombrado por Mendizábal; segunda, la de haber muerto los padres de V. como es notorio, y tercera, la de haber formado en un batallon de la Milicia marcadamente republicano.

Era ya la tercera vez que oía hablar con reticencias de la muerte de mis padres; no pude por eso contenerme, y exclamé:

—¿Podria saber cómo murieron mis padres?

—Me extraña la pregunta y el tono con que la formula usted. ¿Tendria V. aún á gala el que sus padres hayan muerto en un patibulo por conspirar contra el rey Fernando?

Las anteriores palabras fueron un rayo de luz para mí. Mi suegra doña Baldomera sigue influyendo en mis destinos. El que me acaban de quitar lo demuestra elocuentemente.

En la tristísima situacion á que quedo reducido, mis dos hijos mayores podrian servirme de mucho; pero Justo debe estar en la Habana, donde le dieron un buen destino, y Pastor, que ascendió á alférez por la revolucion de 1854, y á teniente por méritos que desconozco, acaba de ser nombrado capitán de caballería. Uno y otro han olvidado á sus padres y hecho nacer una viciosa emulacion entre los pe-

presidio, ella á una reclusion, y yo á que me recojan las licencias y á que me encierren, yo no sé por cuánto tiempo: pero no importa, no, yo tomo esto sobre mi conciencia; quiero sacrificarlo todo ántes de dejar ni por un solo momento en duda el honor de esa señora; faltó á mi deber, me hago merecedor de un severísimo castigo, hé aquí el sacrificio... no retrocedo: pero vos ¿sois libre?

—Sí.

—¿Y doña Clara?

Palideció Francisco Estévan.

—Vos sabeis que doña Clara teñia para sí sola un camarote, dijo; que jamás he entrado yo ni ha entrado nadie en él, ni yo he estado nunca solo con ella.

—Pero os habeis pasado largas horas á la luna sobre el castillo de popa con ella.

—A vista de todo el mundo.

—Concedido; pero ¿de qué hablábais?

—Nos contábamos mutuamente nuestra historia.

—¿No ha habido amores?

—No, padre Rebolledo.

—Quiero creeros; os creo, no me frunzais el gesto, *guapeton*: por consecuencia, si no ha habido amores, no habrá habido promesas.

(Se continuará.)

queños, que no han podido persuadirse de que el hombre haya nacido para otro fin que satisfacer en todo y por todo sus caprichos y vivir á costa de los demas.

(Se continuará.)

CASCABELITOS

El día 12 debía acabarse el mundo, según la autorizada opinión de algunos sabios astrónomos, pero sabemos que se ha suspendido este acontecimiento, por ahora, prolongándose la temporada por algún tiempo, sólo con objeto de ver de cuántos disparates más son capaces Ruiz Zorrilla y su cuadrilla.

Después se acabará este mundo en un periquete.

A un fabricante de abanicos le han hecho marques de su apellido.

Le han partido.

Le acompañó en el sentimiento.

Se adeudan en la actualidad á los maestros de Badajoz

1.318.314-20 reales.

No se incluyen aquí los alquileres de las casas.

Me parece que situaciones políticas en que sucede esto ya están juzgadas.

Es el colmo del escándalo.

La *Gaceta* ha publicado estos días pasados el indulto de tres ó cuatro asesinos.

Es mucho el interés que inspiran los criminales, mucho más que las personas honradas, para las que no hay ninguna garantía ni defensa alguna.

En fin, como dijo el otro, rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

En San Sebastian le echaron esto á D. Amadeo:

«Á S. M. EL REY.

Bien venido el noble rey,
el elegido de España,
más aún que rey español
del derecho hispano guarda.

Bien venido á Easo bella,
al seno de amigas almas,
que por su rey os estiman
y por liberal os aman.

Bien venido y que, de vuelta
de nuestras rientes playas,
el amor os acompañe
de la noble grey euskara.»

(Tocan y bailan.)

Supongo que al autor de estos versos ya se le habrá propuesto para una gran cruz ó dos.

El cronista del viaje habrá tomado nota de esa manifestación de entusiasmo.

Los siglos venideros lo sabrán.

Quedo satisfecho.

Háganme Vds. el favor de venir á esta su casa á comprar los siete tomos publicados de *Cuentos de salon*, porque los autores van á viajar unos días por las provincias y necesitan dinero. Los siete tomos contienen novelas muy morales y muy entretenidas, elogiadas por toda la prensa, y sólo cuestan siete pesetas. Con 10.000 ejemplares que vendamos esta semana quedaremos satisfechos.

Un detalle del viaje del rey radical.

En el cuartel probó el rancho.

Ya ven Vds. que es acción heroica esta.

Merece la cruz de San Fernando.

Una apreciable persona de Barcelona nos escribe alarmada por haber ido de embajador á Londres el Sr. Moret, que es tan librecambista: teme esa persona que de ese hecho podrán resultar consecuencias desfavorables para la producción nacional, que tan poco debe á la revolución.

Bueno es estar prevenidos para combatir todo lo que pueda ser en perjuicio de nuestra industria; pero creemos que el Sr. Moret, precisamente en ese cargo es en el que, haciendo abstracción de sus opiniones particulares, debe mostrarse español ante todo y defensor de los intereses de la industria española, tan necesitada de protección.

Un antiguo suscriptor de Madrid nos dirige una sensata carta á propósito de las elecciones, que, con pesar, tenemos que dejar para el número inmediato, en el que nos haremos cargo de ella.

A un cura radical

obispo le han nombrado este verano.

Donde mande ese obispo liberal

habrá que suprimir el canto llano,

reemplazándole luego

con el siempre famoso himno de Riego.

Un colega carlista publica en gruesas letras la orden de retraimiento absoluto electoral comunicada por el secretario de D. Carlos con fecha 25 de Julio, y dice que si entre los candidatos que se presenten hay alguno que para obtener sufragios hable de amor á la Iglesia, de respeto á la propiedad, de hidalguía, de patriotismo, etc., este es un *moderado hipócrita* á quien deben rechazar de su lado con indignación.

¿Qué les parece á Vds. del patriotismo de ese carlista?...

Preferirá sin duda á los que hablen de petróleo, de pólvora fina, de nivelación social y de *can can*.

Vamos, ya están arreglados Sagasta y Balaguer: al primero le han clasificado con 40.000 realitos anuales, y al segundo con 30.000.

Los grandes servicios que han hecho siendo ministros, merecian eso y mucho más. Ya ven Vds. qué hermoso y próspero han dejado el país.

Pues, señor, para esto ha servido la revolucion de Setiembre, para endiosar á unos cuantos plebeyos.

Y el país paga.

¡Toma revolucion, pobre país! Te cuenta un ojo y parte de otro!

Mi pobre perro ha muerto.

Grande es mi pena, y mayor todavía porque tengo mis dudas de haber sido causa de su muerte.

Desde que supo el animalito que yo tenia mis pretensiones de que se le concediera una cruz por consecuente liberal, empezó á entristecerse y á desmejorarse, siendo inútiles todos los esfuerzos que se han hecho para conservar la vida.

Era un buen amigo mio, que con los ojos y la cola hablaba mejor que con la boca algun diputado.

En un parte telegráfico de San Sebastian he leído que, con motivo de la visita de D. Amadeo, la población estaba colgada.

¿Se ha colgado la población en un rapto de desesperación?...

Francamente, no habia motivo para tanto.

En el periódico *El Pueblo* se llama á la sagrada comunión *manducatoria eucarística*.

Parece imposible que se escriban estas soeces blasfemias en un periódico español.

La industria de vender papeluchos con noticias falsas y títulos alarmantes, se conoce que es muy productiva, porque menudean esos papelitos que es un gusto.

El público hace muy mal en prestarse á ser cómplice en la superchería comprando esas hojas sueltas; por más chascos que lleva, nunca escarmienta.

Como presumiamos, cada dia es mayor la concurrencia en el magnífico establecimiento de baños de mar de las Arenas, en Bilbao.

Personas que se hallan en el citado establecimiento nos escriben encareciéndonos las comodidades que allí se disfrutan, lo hermoso y saludable de la localidad, y la apacible temperatura.

España tiene en las Arenas un punto de baños que supera bajo todos conceptos á muchos del extranjero.

Gracias á Dios que se ha dicho la verdad sobre el efecto que causa en provincias la visita de D. Amadeo.

En un parte de San Sebastian leo en la *Gaceta*:

«Ha estado tambien en el salon de baile del teatro, donde su presencia produjo el mismo efecto de siempre.»

Esto lo creo; en todas partes produce su presencia el mismo efecto. Este efecto se puede expresar con estas palabras: «Bien, ¿y qué?...»

Un profesor de primera educacion, único sosten de una numerosa familia, necesita recursos para marchar á Panticosa, cuyas aguas le son indispensables para contener los progresos de una enfermedad mortal. Las personas benéficas que gusten contribuir para este objeto, podrán verificarlo en la calle del Pez, 9, bollería de Barquin.

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado cinco tomos, y ha comenzado la publicación del sexto.

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados.

Precios: en Madrid 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. cada uno en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administracion, plaza de Matute, 2.

CUENTOS DE SALON

Se ha publicado el tomo sétimo, que contiene la primera parte de la novela

MADRID POR DENTRO

POR TEODORO GUERRERO.

Se vende á 4 rs. en la administracion, plaza de Matute, 2, y en las librerías de Madrid.

Enviando 5 rs. de provincias, se recibe el tomo á vuelta de correo.

Se admiten suscripciones por semestre y año, y se regalan libros á los que tienen el buen gusto de anticipar el importe.

Están de venta los seis tomos publicados, con las novelas:

Una perla en el fango, por Teodoro Guerrero. Un tomo.

Brígida, por Carlos Frontaura. Un tomo.

La camelia y la mariposa, y *Una historia de lágrimas*, por Guerrero. Un tomo.

La doncella del piso segundo, por Frontaura. Un tomo.

El vellocino de oro y Fea y pobre, por Guerrero. Un tomo.

La maldita vanidad, por Frontaura. Un tomo.

El encuadernador Sobrino (Vergara, 10) encuaderna los tomos de los *Cuentos* con unas elegantes tapas con inscripciones doradas.

CAMINOS DE HIERRO DEL NORTE.

TRENES DE RECREO

SAN SEBASTIAN

los miércoles y sábados, desde el 6 de Julio de 1872.

PRECIOS

2.ª clase, 160 reales ida y vuelta.

3.ª clase, 120 reales ida y vuelta.

MADRID:—1872

IMPRESA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletos).